

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales.
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

AL PÚBLICO.

GIL BLAS ha reimpresso todos los números que se le habian agotado.

Con este motivo, tiene el honor de ofrecer á Vds. las colecciones completas del primer semestre que empieza en diciembre y termina en mayo.

Consta el dichoso semestre de 26 números, y el número prospecto 27, adornados con mas de SESENTA CARICATURAS Y VIÑETAS en madera y litografía, por los primeros artistas.

Cuesta 32 reales en Madrid, en la administracion, HUERTAS, 10, principal.

Y 42 en provincias.

Cuesta además... 29 entre recogidas y denuncias: pero esto lo pagamos nosotros.

Y será nada en comparacion de lo que pagaremos mas adelante.

EUREKA.

Lo presumiamos hace tiempo; hoy no nos queda la menor duda.

El gobierno, despues de meditaciones graves y agudas, ha descubierto la *cuadratura del círculo*.

Debemos ante todo hacer constar que este círculo no es el de la Armonía; si así fuera, diriamos sencillamente que habia descubierto la primera parte del problema.

El gobierno ha descubierto que hay en España, en este país clásico del garbanzo y de la monarquía, hombres, mas que hombres, periódicos, mas que periódicos, partidos anti-dinásticos, anti-sociales, y hasta anti-gotosos, como las *cápsulas de Fray José*.

Hasta hoy habian creido todos los matemáticos, desde Newton á Alejandro Castro, que para llegar á cualquier punto, el camino mas corto era la línea recta; hoy sabemos que para llegar al punto que el gobierno teme, hay quien anda ya, no precisamente por las ramas, sino por los círculos.

Desde que el gobierno soñó con los círculos, sabia yo que el día menos pensado despertaría con una *circular*.

No la esperaba, sin embargo, tan redonda. El gobierno ha podido decir muy bien al soltarla lo que rara vez dicen los jugadores de tresillo: y va *bola*.

Pero esta bola es de las que no se ganan aunque se tengan nueve estuches, y se salga de mano; se pierde por carta de mas.

La idea de suprimir los círculos, encierra al gobierno en uno vicioso. El centro de este círculo todos sabemos cuál es; el radio tambien nos lo figuramos; lo que queda por descubrir es la cuerda. Y, ó la geometría es un mito, como los millones de Sabater, ó la cuerda parecerá al fin.

Quiero aprovechar un rayo de luna... de Valencia para ver mas claro en esta cuestion.

El general Villalonga tiene en el ejército fama de cruel.

El general Mackenna padece frecuentes y terribles dolores de cabeza.

Calculen Vds. cómo estará el gobierno que solo tiene una cabeza mala para reemplazar á un mal corazón.

Desearía poder asomarme á la cárcel de Valencia, para preguntar, entre otras cosas, á mi amigo Pedro Yago, qué idea tiene de la treinta y una, considerada como juego de azar.

Estoy seguro que me contestaria que, para él, este juego es como otro cualquiera; por ejemplo, el juego de ciertos partidos, en que todo el negocio está en ir al robo y saber descartarse.

Ello es que, broma ó no broma, lo de Valencia ha podido ser muy serio, y que solo al anuncio del conato se ha helado de terror la horchata de chufas.

El único que no se ha alterado en lo mas mínimo es el gobernador: tan Rubio como era antes es ahora.

Por supuesto, todo eso que han dado en decir sobre si el gobierno pensaba suprimir dos ó tres periódicos, y entre ellos GIL BLAS, no son mas que calumnias, esparcidas acaso en la soledad del claustro por los enemigos del reposo público.

Y al decir soledad del claustro, no se crea que aludimos en modo alguno á sitios acotados, sino á esos claustros de la Universidad, donde predicán en desierto los apóstoles de guante negro y arma blanca.

Nosotros somos muy amigos del recogimiento para que tratemos de turbar el de nadie, además que por regla general no entramos nunca en casa donde es costumbre *no pasar sin hablar al portero*.

Quedamos pues, en que lo de la supresion de GIL BLAS es una fábula, inventada sin duda por los mismos que dicen por ahí que desde el mes que viene *Los Tiempos* ilustrará sus artículos con caricaturas. GIL BLAS ha dado repetidas pruebas de ser un periódico muy *recogido*, y por consiguiente muy moral; en cuanto al amor que profesa á sus caros objetos, no hay para qué decirlo; ya tiene á sus repartidores vestidos de verano.

¿Se nos tacha quizá de poco explícitos? ¿Se cree que somos de los que se entretienen en roer la corteza del

árbol? Todo menos eso. De hoy para siempre reivindicaremos nuestro papel de órganos imparciales del ministerio.

Solo así cumpliremos nuestro deber, se entiende, si llegamos á colocarnos á la altura de la cómica situacion que nos atraviesa... de parte á parte.

M. del Palacio.

EL NIÑO PERDIDO.

I.

Prólogo en el cielo.

El general Prim se ha perdido. Señor, tú eres grande, tu omnipotencia es infinita. ¿Dónde estará el general Prim? Rásguense las nubes, zumba el trueno, retiemble el firmamento. ¡El gobierno es grande, y Gonzalez Brabo su profeta!

¿Pero no saben Vds. dónde está el marqués de los Castillejos?

II.

En la Presidencia del Consejo.

D. Ramon.—¡Amigo D. Luis, aquí va á haber argo gordo!

D. Luis.—¿Será posible, cielos? ¿Teme Vd. acaso que los amotinados se vuelvan á presentar en la plaza pública?

D. Ramon.—¿Ignora osté lo que ha pasao en mi ducado?

D. Luis.—Eso no vale la pena.

D. Ramon.—¿Ignora osté por ventura que el general Prim no está en España, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Turquía, ni siquiera en Ardoz?

D. Luis.—(Palidece) ¿De veras?

D. Ramon.—Por mi salvé.

D. Luis.—Eso ya es mas grave. Es preciso buscarle. Ese hombre tapa algo.

D. Ramon.—¡Cuando le digo á osté que aquí va á haber argo gordo!

D. Luis.—Espere Vd. un poco. (Toca un timbre.) ¡Hola!

(Aparece un veterano.)

D. Luis.—¡Que me traigan á Dombon! (El veterano sale.)

D. Ramon.—¿Qué intentas, temerario?

D. Luis.—¡Volar! Atravesar los espacios, levantarme, crecer, tocar las nubes....

D. Ramon.—¿Y si nos cazan al vuelo?

D. Luis.—¡Jamás! Yo necesito á Prim, y le tendré.

(Entra el Sr. Dombon.)

El Sr. Dombon.—Aquí estoy, gran señor.

D. Ramon.—Necesitamos unas alas.

D. Luis.—Un globo.

El Sr. Dombon.—¿De luz?

D. Luis.—No, de tela.

D. Ramon.—Prefiero unas alas, pero que sean de la misma fábrica donde compró las tuyas aquella joven novicia!!!

El Sr. Dombon.—Aquí están.

D. Ramon.—¡En marcha! ¡Santiago y á ellos!

El general Santiago.—(Entrando). ¿Me llaman V. E.?

D. Luis.—Retiraos, no estamos en la calle de los Negros. ¿Vamos, D. Ramon?

D. Ramon.—Sí; veamos el mundo montados al aire. ¡Arza, pilili!

III.

El Sabbat.

—¿Dónde estamos, gachó?

—Mira abajo.

—¡Jozú! ¡Espectros, fantasmas ensangrentados, horror!

—Estamos pasando por Alicante. Calla, y déjame obrar á mí solo. ¡Sús! ¡Genios del 10 de abril, espíritus invisibles! ¡Buscadme á mí hombre!

La voz de Prim.—¡Cú, cú!

—Compare, ¿estamos jugando al escondite?

—¡Corre, vuela, la voz ha sonado por el Mediodía...!

¡A Cádiz!

—¡Voto á cien estudiantes! ¡Volemos!

—Mira otra vez abajo. ¿Qué ves ahora?

—Cadáveres siempre, espectros, niños hechos pedazos...

—¡Estamos atravesando la Mancha!

—¡Cuerno! Empújame un poquito y huyamos.

—¿Dónde estás, general Prim de mi alma? (¿Ves como lo seduzco?) ¡Ven á mis brazos!

La voz.—¡Cú, cú!

—¡Voto á mil peluqueros! ¡Ahora se oye la voz por el Norte!

—¡Corre, niño mio, corre, vamos á Cataluña!

—Alza, pues, y á Cataluña con él.

—Mira otra vez abajo. ¿Qué ves?

—Diablos encarnados, viejas que bailan, monos sabios, ciudadanos que rugen... un monstruo con un cirio en la mano, alumbrando una procesion...

—No te asustes, eso no va con nosotros. Estamos en Pamplona. ¡General, general! Hijo mio, ¿estás ahí?

La voz.—¡Cú, cú, cú!

—¡Por el alma de Fray Diego de Leon! ¡Ahora está mas lejos que nunca!

—¡Vuela, vuela! A Lisboa.

—¡Arza, salao!

—¿Estás aquí, niño?

La voz.—¡Cú, cú!

—¡Ahora se oye por Valencia!

—¡A Valencia! ¡Juanito, Juaniiiiito!

La voz.—¡Cú, cú, cú!

—¿En Portugal otra vez? ¡Yo me vuelvo loco!

—¡Volvamos á Lisboa!

Coro de magnates.—Quién será,

Quién será el feliz mortal...

Coro de estudiantes.—¡Voguemos, voguemos, la barca empujad!

Coro de progresistas.—Non raggionar di lor, ma guarda é passa.

Los dos viajeros.—¡Una mano, ayudadme, compasion!

Coro general.—Ta chin, chin, chin, ta chin, chin, chin!

(Música del himno de Riego.)

IV.

Epilogo.

—¡Ay, yo no puedo mas, amigo mio! ¡Que me suban el pozo, yo quiero ahogarme!

—¡Qué horrible noche!

—¿No pareció?

—No pareció.

—¿Dónde estará?

—Sábelo Dios.

—Y es lo peor del caso que con tanto pasar de Madrid á Lisboa, y de Lisboa á Madrid... hemos borrado la línea divisoria de Portugal y España!

Eusebio Blasco.

MELANCOLIA.

Las frescas brisas traen en sus ligeras alas fragancia de autorizacion para cobrar los presupuestos. Los rayos del sol y las monedas acuñadas se sepultan en el océano.

El viento se lleva en sus remolinos las hojas secas y los billetes del Banco de España.

Cae la tarde, majores que cadunt de montibus umbra... Cae tambien el Sr. Benavides.

Allá á lo lejos ligeras nubes empañan el pálido resplandor de la Luna, el art. 23 de la ley de imprenta y el párrafo 2.º del art. 4.º

Todo es reposo aparente en el suelo y en el pecho de los ministros.

¡Cómo descansan el ánimo y la mente y los empleados públicos!

Murmura blandamente el arroyo que va á confundir sus mansas aguas con las del copioso raudal del sonoro río, ávido de precipitarse en el proceloso mar; así como el mayor contribuyente acude á los colegios electorales para ingresar en el Congreso y fianzarse á las esferas ministeriales.

Cerraron sus cálices las flores, cuyas hojas, semejantes á las del libro de la ley, se apiñan formando un nudo inextricable.

La madre tierra absorbe la pasagera lluvia y se lava de manchas de sangre humana vertida en el florido abril.

La luna aparece en lo alto, y el general Narvaez en lo bajo: dos cuerpos muertos, astros decrépitos, reflejos de luz agena.

Gime el viento en las ramas, por donde andan insectos deleznable y lucientes como mis compatriotas.

La contemplacion despierta mis recuerdos de otro tiempo.

Yo era niño inocente y Arrazola componía un catecismo absolutista.

Pasaron dias, y yo era mozo, y Gonzalez Brabo democrata.

Nació en mi pecho el amor á todo lo bello, y al pensar en aquella amnistía que volvió á abrir las puertas de España á los liberales, aprendí á bendecir á una noble mujer... ilustre la hemos llamado Gonzalez Brabo y yo, sin saberlo uno de otro.

Yo era fuerte; á la voz de libertad que el coronel Narvaez proclamaba, sentí nacer en mi corazon el entusiasmo. Algun dia, pensaba yo, tendré la dicha inefable de estrecharle en mis brazos y le pediré un mechón de pelo...

Hoy que podria pedírselo ¡ya es tarde! No sé peina para nadie.

Entonces... ¡oh, cuánto me acuerdo de entonces! A mis oídos llega una lejána música. ¿Será el enamorado pastor que festeja á su zagala ó el acompañamiento de algun liberal conducido al patíbulo?

¡Oh bella naturaleza! qué de misterios escondes, qué de desconocidos encantos encierras en tus entrañas.

¡Dichoso quien como yo puede emplear su existencia en tu contemplacion delectable!

Después de consolidar un trono legítimo, el cielo me concede en premio el ocio sagrado.

Dios inspiró á otros seres, casi semejantes á mí, la idea de reproducir con satisfactoria exactitud varias copias de Constituciones políticas, que jamás menoscabaron mi reposo.

He visto pasar ante mis ojos mil ingeniosas leyes de imprenta para uso de los que han acumulado el vil metal que llaman oro.

He descubierto con reverencia mi cabeza ante aquellos hombres que en mi juventud ¡oh estravío! me servian de blanco para ejercitarme en el tiro de fusil.

Si Dios me llamase á su seno, yo dejaría tranquilo este mundo, viendo á mi patria tranquila y pacífica como esta serena tarde.

No he sido elector, no he sido empleado; no fui mas que miliciano nacional y contribuyente.

Obedecí á mis gefes siempre que en nombre de la patria me mandaron sublevarme. Fui un momento héroe en Ardoz, héroe en Manzanares y no sé de cierto si lo fui en Arlaban.

Hastiado de la gloria que me agobió un tiempo, hice un supremo esfuerzo y me impuse severa penitencia: me condené á España perpétua. El cielo piadoso convirtió en gozo mi tormento y hoy es España mi paraíso.

Desde aqui me halaga oír el áspero acento de las autoridades gibraltareñas y me halaga tambien la inocencia de los portugueses que con tan poco territorio creen tener mas libertad que nosotros.

¡Oh hermosa patria, madre y amparadora de todas las grandezas: al recordar que soy español... me da un sueño!

Roberto Robert.

LO QUE CORRE.

DIALOGOS TOMADOS AL VUELO.

El grito de Valencia.

—¿Sabe Vd. lo de Valencia?

—Dicen que hay jarana.

—¡Toma! Como que un regimiento, dos brigadas, artillería, caballería, y hasta los migueletes parece que iban á dar el grito.

—¿Y en qué ha quedado por último lo del grito?

—Yo diré á Vd.: querian gritar; pero como no estaban en voz, ni la orquesta acudió á tiempo...

—¿Y qué querian los que iban á dar el grito?

—¡Pues una friolera! Nada menos que traernos á Portugal.

—¿Por el ferro-carril?

—Sí, señor.

—¿Y dónde lo iban á poner?

—En el Rétiro, y si sobraba algun pedazo, pensaban llevarlo al Campo del Moro.

—¿Pero los han preso?

—Sí, señor.

—¿Y después?

—Los han soltado.

—¿Y por qué los prendieron?

—Porque iban á gritar.

—¿Y por qué los sueltan?

—Porque no gritaron.

—Una duda se me ocurre.

—¿Cuál?

—¿Cómo hace el gobierno para conocer que uno va á gritar?

—Es muy sencillo: le mira á la cabeza, y si lleva sombrero hongo como el coronel Alemany, no falla.

—¿Y al que no lleva sombrero?

—Se le conoce en las chorreras de la camisa.

Sobre reuniones.—En el Teatro Real.

—¡Eh! caballero, ¿á dónde va V?

—A las butacas.

—Imposible.

—¿Por qué?

—El gobierno, en uso de su derecho, ha prohibido las funciones.

—¿Cómo de su derecho?

—Sí, señor; el teatro está considerado como reunion pública.

—Pero la ley disuelve solo las reuniones en que se hable de política

—O se haya *hablado*. Y Vd. recordará que en 1854 era el Teatro Real el centro de los revolucionarios.

En el paseo de Recoletos.

—¡Mercedes, yo te amo!

—¡Chist! que nos pueden oír.

—¿Qué me importa el mundo? Tu amor ó la muerte.

—Acabas de pronunciar una frase que me aterra.

—¿Pues qué he pronunciado?

—Has pronunciado...

(*Un polizonte, acercándose.*)—Hablan de pronunciarse... Esta es la mia. (*Alto.*) Señores, á casa.

—Estamos tomando el fresco.

—El gobierno no permite tomar nada. Se disuelve la reunion por hablar de política.

—Si hablábamos de amor...

—¿De amor? Eso es peor todavía. Hablar de amor es querer aludir á altísimas instituciones...

—Pero...

—¡A casa! Queda cerrado este casino, digo, este paseo.

En un pueblo de Andalucía.

—Zeño arcarde, la otra noche disia er tio Carcoma en er casino de los labraores, que er jaco que le mercó osté ar gitano aquel en Siviya ez una laña.

—¿Ezo dise er tio Carecoma? Ahora mesmito sa de acordar de mi jaco. ¡Mi zombbrero, la vara de autoriál! Zigueme, Pati-tuerto.

Llega el alcalde al casino.

—¡A la paz de Dios, cabayeros!

—¡Jole! Que le echen un trago ar zeño arcarde.

—Yo no bebo.

—¿Dende cuándo?

—Dende que gasto esta vara, con la cual te voy á romper las costillas.

—¡Jozú, y qué amoscao que viene ozté!

—Vamos á vé: aquí se mormura de mi jaco; y pa que esto no suceda mas, sierro er casino.

—¿Poique?

—Poique la ley mautorisa. Aqui se jabla de política. Er jaco es mio; yo monto en er jaco, y cretica er jaco es cretica la mitá del arcarde. Conque serrao por meterse en política.

Sobre la previa censura.—En la fiscalía de imprenta.

GIL BLAS.—La situacion no puede ser mas tiránica.

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—El Sr. Obregon estudia...

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—¡Oh tú, amor mio, y qué caro me cuestás!

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—La monja...

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—El Padre Claret...

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—Uno que parece hombre...

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—Y á ella le gustan mucho...

El fiscal.—Recogido.

GIL BLAS.—Me callo.

El fiscal.—Puede publicarse.

(Se continuará.)

Una Rivera.



EN LA VERBENA DE S^{ta} ANTONIO.

—Vea Vd. cómo está el mundo... ¡Hasta las señoras usan ya armas prohibidas!

AL HÉROE.

I.

Cansado estoy de escuchar
que esto se pone muy malo,
y que va á haber cada palo
que nos van á deslomar.
Ya me duelen los oídos
de oír hablar de *espadones*,
de *cuerdas* y de *prisiones*,
de *registros* y de *ruidos*.

¡Por amor de Dios, señor,
que está uno ya medio muerto!
¿Me dirá Vd. que hay de cierto?
¡Hágame Vd. el favor!

II.

Si Vd. comete el desliz
de registrarme la casa,
—no lo tome Vd. á *guasa*—
le voy á hacer muy feliz.

Tengo allí, y entre un pañuelo
traído de *Filipinas*,
retratos de bailarinas
y mechoncitos de pelo.

Todo lo doy; lo regalo;
mas... con una condicion:
—¡Acérquese osté, *guason*!
¿Me va osté á pegar un palo?

III.

¿Conque nos darán *mulé*?
¿Va eso de veras, *compadre*?
Hombre, por Dios y su madre,
no se precipite osté.

¿Cuenta Vd. con sus prohombres?
¿Será cuestion de otro mico?
¡El saladero es muy chico
y los culpables muy hombres!

Ya el reinado se acabó
de la tranca. ¿Vd. me entiende?

¿Me prende Vd., ó no me prende?
Vamos á ver, ¿á qué no?

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Un periódico indica que el gobierno trata de hacer
algunas visitas domiciliarias.

Por si es cierto, GIL BLAS ha puesto ya en lugar
seguro los únicos papeles que podrian comprometerle:
una coleccion del *Guirigay*, varios apuntes del señor
Gonzalez Brabo sobre el duque de Montpensier, y un
ejemplar de *la llave de oro*.

—Ayer he visto á D. Juan.
—¿Qué dice Vd., D. Ramon?
—Iba en un coche Simon.
—¿Y como iba?
—De gaban.
—¿Nada mas?
—Y pantalon.
—¿Tomó la calle del Pez...
y era á cosa de las diez?...
—No señor. La de Tudescos
á las cuatro.
—¡Estamos frescos!
Cuéntemelo Vd. otra vez.

Algunos periódicos han anunciado la marcha á Pa-
ris del Sr. Sabater.

Podemos asegurar que ayer continuaba en Madrid
asustado todavia de lo que ha hecho, y mas asustado
de lo que le queda por hacer.

Estos dias se ha dado como cierto el viaje á Córdo-
ba de una persona muy conocida en Aranjuez.
Segun nuestras noticias, parece que ha ido á girar
una visita al escuadron de la remonta, que como Vds.
saben anda por los cerros de Ubeda.

Los Tiempos nos anuncia un cataclismo.
—¿Eso piensa D. Luis? Pues yo lo mismo.

Habla de un plan que llama temerario.
—¿Eso juzga D. Luis? Yo lo contrario.

Cuenta que va á rompernos el bautismo.
—¿Eso intenta D. Luis? Pues yo lo mismo.

Sostiene que su triunfo es necesario.
—¿Eso sueña D. Luis? Yo lo contrario.

Uno que nada era ayer
y hoy sigue siendo un Babiaca,
¿quién piensa Vd. podrá ser?
—Hombre, puede ser Fonseca
y puede ser Sabater.

Segun se dice, pasan de doscientas las traslaciones
militares que el gobierno tiene acordadas.

Nosotros sabemos de una traslacion que vale por
todas estas.

Es la de un amigo nuestro que se muda de la calle
de los Reyes á la calle del Humilladero.

Segun dice *Los Dos Reinos*, de Valencia, de la ca-
sa de un liberal que fué registrada por la policia, se ha
sustraído la suma de 9600 rs. en monedas de oro.

¡Pícaras monedas!
¿Qué apuesta Vd. á que estaban tambien jugando
al tresillo?

Los sócios de la *Tertulia* han sido puestos en li-
bertad.

Al mismo tiempo ha sido relevado del mando de la
capitanía general el Sr. Villalonga.

Consecuencia:
Se habla de una gran revolucion en Valencia, se
conmueve á toda España con el relato, toma el go-
bierno medidas violentas de represion,—y hasta aho-
ra el único que aparece castigado es la autoridad.
¡Cuando digo que te adoro!

Ayer tarde se posó una mosca sobre la cabeza de
Don Ramon.

Por hábil que fuera, la mosca aquella no podria
montar en pelo.

Los periódicos del gobierno hablan de la supresion
de *La Democracia*, *La Iberia* y GIL BLAS.

Luego dirán que no hay libertad de imprenta. Su-
pongamos que GIL BLAS, *La Iberia* y *La Democracia*
hablasen de la supresion del gobierno: ¿les dejarian
hablar?

¿A que no?
Y á pesar de todo, puede que en esto hubiese mas
verdad que en lo otro.

¡La cosa marcha! dice *Los Tiempos* con aire de sa-
tisfaccion.

¡La cosa se marcha! digo yo.
Esa, esa es la cosa.

La intendencia de Palacio no paga á los artistas
pensionados.

Así me lo han contado algunos artistas pensiona-
dos á quienes se les debe la pension de cuatro meses.
¡La cosa marcha!

Cuando uno mira á cierta distancia con unos ge-
melos, ve los objetos de cerca, clara y distintamente.
Pero si uno toma los gemelos del revés, ve los ob-
jetos mucho mas pequeños y á una distancia tan dis-
tante como si se hubieran alejado mil pasos.

Aplicacion práctica: yo tomo los gemelos, miro el
porvenir, y veo la revolucion á dos pasos del ministerio.
Le doy los gemelos á Gonzalez Brabo; los toma
del revés, y ve la revolucion muy lejos, muy lejos.

Por el interior de mis gemelos se pasea el general
Prim.

Como si no nos hubiéramos conocido:—le dice *El*
Contemporáneo á Gonzalez Brabo.
Como si hubiéramos escrito juntos en *El Guiri-*
gay;—le digo yo.

Hace algunas noches que se oye este grito en cier-
tos y determinados puntos:

—¿Quién vive?
¡Qué cosas tiene el gobierno! ¡Como si en Madrid
viviera nadie! O lo que es lo mismo, ¡cómo si en este
país se pudiera vivir!

A Canarias va Contreras,
á Céuta Milans del Bosch,
pero quedan en Madrid
el gobierno y Obregon.

Un periódico neo dice que se alegra de que la re-
volucion saque las *uñitas*.

En cambio, yo deploro que personas de cierto es-
tado saquen la *patita*.

Niña de mis ojos,
alma y vida mia,
¿te gusta el proyecto
de la *recogida*?

Ya sé que te gusta,
ya sé que decias:
—«¡Estoy atacada
»por los periodistas!

»¡Que los *despampanen*!
»¡Que les den *morcilla*!
»¡Si chillan, que chillen!
»¡Si dicen, que digan!»

Niña de mis ojos,
alma y vida mia,
¡tú entrarás al cabo
en las *recogidas*!

El aplaudido barítono señor Obregon continúa en
Madrid estudiando varias zarzuelas con objeto de au-
mentar su repertorio.

Se dice que pasa muchas noches en claro hojeando
la *Reina de un dia*.

Tambien se asegura que lleva siempre en el bolsi-
llo *El Secreto de una dama*.

Una encomienda el gobierno
á José Gaspar ha dado;
no dudo que la merezca,
dudo que le sirva de algo.

Ha sido nombrado capitan general de Galicia el
Sr. Real y Reina, uno de los gefes no convenidos en
Vergara.

Al ver los gefes que derramaron su sangre por el
trono constitucional que son preferidos los antiguos
carlistas para los altos puestos, se dice que bailan de
gusto y entonan la siguiente copla:

¡Cuándo querrá Dios del cielo
que se vuelva la tortilla,
y estemos los liberales
encima de los carlistas!

TEATRO NACIONAL.

Gran funcion para todos los dias de la semana.

Sinfonía sobre motivos particulares de la *Gazza*
ladra.

El drama en tres actos, traducido del francés, titu-
lado:

EL REY SE DIVIERTE.

Varios egercicios de prestidigitacion por el joven
Alejandro.

Boleras robadas por quien sabe y puede.
La graciosa comedia, original de D. Luis Mariano
de Larra, nominada:

En Palacio y en la calle.

Atendida la duracion del espectáculo, se ha dis-
puesto que este principie cuanto antes y concluya lo
mas pronto posible.

Nota. Se está ensayando para ejecutarse á bene-
ficio del público, la comedia de magia del teatro anti-
guo, no representada hace muchos años:

DON JUAN DE ESPINA EN MADRID.

Y la siempre aplaudida zarzuela:

JUGAR CON FUEGO.

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Número 16.

A la orilla del mar, la luz del dia
le vió al mundo salir pobre y desnudo;
y como era de chico tan agudo
vino á la córte y dijo:—Esta es la mia.

Contratas y negocios á porfia
diéronle fama, y oro, y un escudo;
sufrió de la fortuna un golpe rudo,
mas pronto reparó aquella *avería*.

Siempre ha dado que hablar con sus amores,
siempre dió que decir por lo opulento,
siempre dió que pensar con sus favores.

Imprime á todo singular aliento,
y dicen que sus rasgos, los mejores,
le suelen reportar ciento por ciento.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.